



→ Ahora hay cada vez más políticos en la universidad”. Mientras Víctor Sampedro constata la existencia de esta tendencia “en tanto empleo subsidiario, como segunda opción, un retiro con poca carga de trabajo y que proporciona relaciones y estatus social”, para Alberto Reig el problema verdadero residiría en “el panorama distorsionador que supone la intromisión de la política en la academia, con el encargo de estudios para que los amigos ganen dinero, para que sólo se trabaje en áreas que tengan utilidad política o en temas que interesen especialmente al grupo que controla la diputación o comunidad autónoma”.

Los grupos políticos, no obstante, relativizan la tendencia. Para Eugenio Nasarre, portavoz de educación del PP en el Congreso, “las grandes rivalidades en nuestras universidades

tos y partidos para repartirse el poder, es el factor principal que impide cualquier reforma seria. Este complejo sindical-político tiene una capacidad de movilización capaz de parar a cualquier Gobierno que intentara cortar sus privilegios”.

Una dudosa reforma legal

La reforma de la ley Orgánica de Universidades (LOU), actualmente en sede parlamentaria, contendrá un nuevo sistema de provisión de puestos que podría traer algunos cambios en este reparto endogámico. La intención de los proponentes es que la actual habilitación sea sustituida por la acreditación, una valoración no presencial de méritos docentes e investigadores de los optantes que será necesario superar para poder concursar a plazas locales, y que pretende garanti-

Por su parte, el popular Eugenio Nasarre cree que “el problema está en que la nueva ley no considera el problema de la endogamia en absoluto; al contrario, la favorece, ya que la acreditación no es más que un filtro insuficiente que terminará por convertirse en un trámite”.

También la comunidad educativa manifiesta posturas opuestas. Porque si hay quien, como Saturnino de la Plaza, cree que “el sistema de acreditación propuesto, si se lleva a cabo con rigor, es menos engorroso que el anterior y resulta bastante razonable”, también hay quienes piensan que este tipo de medidas no pueden contener el problema de fondo.

Para Ignacio Sotelo, “la endogamia es un mal que encaja perfectamente en el tipo de universidad burocrática que tenemos, de modo que no se puede combatir sin crear de raíz una universidad nueva. Para que la endogamia no fuera tan funcional como lo es hoy habrían de competir las universidades entre sí y depender la financiación de la calidad docente e investigadora de cada una. Entonces se podría empezar por aplicar los dos principios básicos de ‘nadie de casa’ y ‘no se puede dar un puesto docente si no se ha presentado un número de candidatos suficientes”.

En la opinión de Iñaki Piñuel, profesor de la Universidad de Alcalá de Henares, se necesitarían medidas contundentes de fondo, y no simples reformas. “Debe de ser el único caso en que el acuerdo de tres personas bastan para hacer a alguien funcionario de por vida. Si lo que se pretende es que el acuerdo pase de tres a cuatro o cinco, eso no cambiará mucho: ya hay movimientos dentro de los departamentos para realizar acuerdos de mutua colaboración”. Y si los intentos de evitar la regulación existirán siempre, como opina Luis Sanz, también es cierto que “si la ley impone algunos límites, como impedir que quienes se doctoran en una universidad puedan ser contratados allí en los dos años siguientes, se evitará en gran medida este mal gigantesco”.

“El acuerdo de tres personas hace a alguien funcionario de por vida”

lo son entre tendencias y escuelas, no por la adscripción política de los catedráticos”. En segundo término, Montse Palma, portavoz de educación PSOE en el Congreso, argumenta que “es lógico que en la universidad, como lugar de conocimiento y crítica, exista debate político. Siempre ha ocurrido y está bien que así sea si sirve para enriquecer las opiniones de nuestra sociedad. Pero no me parece que ahora lo político tenga más importancia en los centros académicos”.

No obstante, la politización de la universidad tendría otro sentido, según Ignacio Sotelo: “En este sistema público funcional cada universidad se blinda hacia el exterior, potenciando la connivencia de rectorado y sindicatos, producto de las elecciones internas, como el instrumento que dirige el conjunto. Esta politización, no en el sentido de que se discuta de política, sino en la presencia de sindica-

zar que el candidato posea las habilidades y los conocimientos suficientes para ejercer en ese ámbito.

Para Montse Palma, del PSOE, una vez que el candidato queda acreditado, “lo lógico es dejar a las universidades que en el ejercicio de su autonomía seleccionen al profesorado a partir de criterios de mérito, capacidad y transparencia. Para nosotros, la piedra de toque de la reforma será el nuevo sistema de acreditación, ya que garantizará la calidad”.

En lugar de obligar legislativamente a que el candidato no pueda concursar en la universidad en la que se doctoró, como se ha llegado a proponer, la LOU optará por “promover la movilidad sin necesidad de acudir a prohibiciones. Debemos intensificar las posibilidades de que nuestros docentes conozcan otros entornos y otros métodos, pero por la vía del impulso, no del impedimento”, concluye Palma.

Una herencia moral Eugeni Madueño

Franco murió hace 30 años, pero su herencia moral sigue condicionando nuestros movimientos. Cuando veo que la política ensalza a los líderes, y que antes que recurrir a la opinión de sus militantes, los partidos buscan jefes fuertes “capaces de dirigir el país”, pensar en aquel caudillo que lo era “por la gracia de Dios” resulta inevitable.

El muro de Berlín cayó físicamente, pero el que cada alemán mantiene en su cerebro costará generaciones en derrumbarse. Cambien muro por franquismo y la frase seguirá teniendo sentido. El franquismo, sus formas, sus métodos, sigue enquistado en el cerebro colectivo de los españoles. De todos, porque en esto no hay ‘hechos diferenciales’. Unos españoles que aún conciben como una debilidad que las decisiones se tomen democráticamente, es decir, por mayoría, y que en vez de entender que los líderes políticos están para servirnos, lo que les piden es que nos guíen como los pastores a sus rebaños.

Podríamos hablar de lo que hace Renfe en Catalunya y llegaríamos a conclusiones similares. Los trenes se averían y dejan tirados a miles de usuarios, pero los responsables que gestionan la red no sienten la más mínima necesidad de informarles. Y mucho menos de justificarse o de pedirles disculpas. La inhibición del funcionario que

lo es de por vida, porque la relación laboral con el Estado es a perpetuidad, la lleva cada uno grabada con fuego en el córtex cerebral.

Lo que ocurre en la universidad es el reflejo de la misma cultura franquista –“No sabe usted con quién está hablando!”– de lógica mafiosa –“hoy por mí y mañana por ti”– de la que no nos hemos desprendido aún. Lo dijimos en este diario hace siete años, en diciembre de 1999, cuando informamos de que la revista ‘Nature’ alertaba de que “el amiguismo en la selección de los profesores universitarios y la esclerosis intelectual de los investigadores funcionarios son una amenaza para el desarrollo científico y económico de España”.

También informamos entonces de la extensión del amiguismo en las universidades catalanas, con un ejemplo ocurrido en la Autònoma, donde un profesor obtuvo su plaza presentando un trabajo con más de 90 citas copiadas literalmente de un libro. Pues bien, ni la protesta ante el rector Carles Solà –posteriormente conseller de Universidades– ni el recurso ante el Síndic de Greuges de la UAB ni la denuncia de otro profesor que aspiraba a la misma plaza impidieron que el afortunado alcanzara el privilegio de ser para siempre funcionario.

Con las infraestructuras deberíamos modernizar también nuestros cerebros